

La "quemada" de Arias Navarro

FERNANDO GONZALEZ

EN una época sospechosamente propicia —coincidiendo con el llamado "desmantelamiento" de la Secretaría General del Movimiento—, *The Economist* lanzaba la noticia de que Carlos Arias Navarro, por orden de Franco, controlaba las conversaciones telefónicas de sus ministros e incluso del entonces príncipe Juan Carlos. La noticia no puede haber sorprendido a ningún español. Los servicios especiales de seguridad trabajaban con extraordinaria impunidad, dadas las excepcionales características de la dictadura española.

Naturalmente, Ray Alan, supuesto autor del reportaje, silencia sus fuentes informativas. El semanario "ultraconservador" británico tiene ya suficientes años de experiencia como para saber dosificar una manipulación política de tal envergadura. Hay que aclarar que cae dentro del terreno de lo probable que Arias Navarro —fiscal, militar jurídico, de larga trayectoria en acciones represivas en el franquismo, notario de Madrid— ordenase la vigilancia permanente y "escucha" de sus más íntimos colaboradores. Hasta el momento de entrar estas líneas en máquinas no se ha producido ningún tipo de contestación por parte del ex presidente de Franco y de la Corona. Los intentos de los redactores de *El País* para contactarlo en El Escorial acabaron con el repudio por parte de miembros de la guardia del ex presidente. Carlos Arias Navarro, acosado por los reporteros, penetró insólitamente por la puerta de servicio del hotel Victoria Palace. Hace un año se dirigía por RTVE a los españoles demandando: "Sugerir iniciativas al Gobierno y a participar en los asuntos públicos". Semanas más tarde caía arrastrando en su fracaso al primer intento reformista.

En una dictadura toda precaución es poca. A nadie puede parecer extraño que uno de los hombres clave en el desarrollo de los últimos años del franquismo activase a los Servicios de Documentación de Presidencia del Gobierno (SDPG). Una herencia que legó Carrero Blanco al sufrir el atentado, precisamente cuando Arias Navarro era ministro de Gobernación y, en cierta medida, responsable de la seguridad del almirante. Si el descubrimiento de las "escuchas" telefónicas no parece sospechoso, si lo es, y mucho, la

plataforma que se ha utilizado para su difusión. Tanto *The Economist* como el momento histórico que se ha conjugado resultan demasiado oportunistas como para que la opinión pública se conforme con una simple lectura de las revelaciones de Ray Alan.

Tres circunstancias han concurrido en las últimas semanas para el lanzamiento de la noticia: La "desaparición" del Movimiento (en definitiva, una acción de enmascaramiento de toda una maquinaria de poder perfectamente útil aún). La presión insostenible para la legalización del PCE y, como consecuencia, de los demás partidos en entredicho, y, ya en un plano internacional, pero perfectamente interrelacionado con el proceso español, el cambio de actitud del Presidente Carter respecto al "eurocomunismo" (lo que arrastraba, a su vez, una nueva política con la URSS, nuevas negociaciones SALT y una reconversión de los países "amigos"). Dentro de este amplio marco, *The Economist* ha jugado decisivos papeles. No sólo ahora y en el continente europeo, sino también, y en diversos momentos de tensión, en Latinoamérica y África.

Chile, Portugal y Angola son tres hitos fundamentales en la historiografía de Robert Moss, director y manager de *The Economist*. En cada país Moss ha obtenido resultados concretos, aunque también diversos. Su vinculación perfectamente definida a determinado servicio de información norteamericano (ha sido acusado oficialmente en los Estados Unidos de colaborar estrechamente con la CIA) hace que el anatema de su semanario a la dictadura española adquiera nuevos matices. Frecuentemente en los últimos años del franquismo era utilizado *The Economist* como instrumento de contraste exterior. *The Economist*, en Gran Bretaña; *L'Aurore*, en Francia, e *Il Giornale*, en Italia, eran tres plataformas de la extrema derecha que el "Régimen" aireaba con machacona frecuencia. La campaña del semanario británico para asentar a Fraga Iribarne como demócrata —un "ministro liberal", le llamaba— a la muerte de Franco puede dar una idea concreta de la variada actividad política de Robert Moss.

El dinero de la CIA

A pesar de "la campaña de los derechos humanos", el Presidente

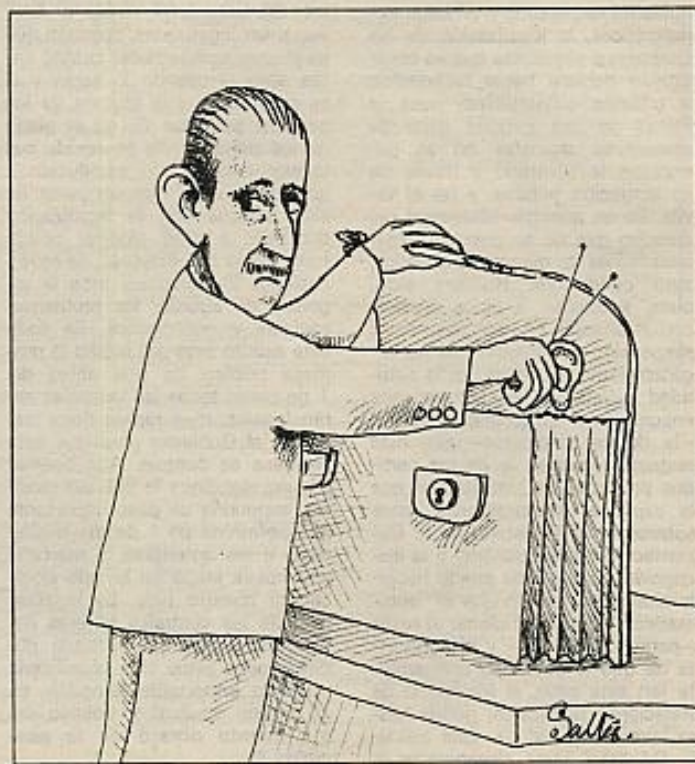
Carter tuvo que enfrentarse con la realidad de la política exterior norteamericana. No solamente la herencia de Nixon-Ford, sino también la presión de las posturas de intransigentes en el Congreso. Una parte no desdeñable de la herencia Nixon era el primer Gobierno de la Corona en España y su fracaso, prácticamente una continuación del franquismo que en los últimos tiempos tímoneaba Henry Kissinger. Existía ya, en el momento de la toma de posesión de Carter, otro Gobierno en España —una segunda oportunidad— a la que "salvar"...

Entre las realidades en la política exterior de Washington estaban —y están— los sobornos institucionalizados. "No veo nada ilegal e impropio en los pagos secretos de importantes cantidades de dinero por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) al Rey Hussein de Jordania y a otros dirigentes extranjeros...", reconocía Carter hace apenas un mes. El mantenimiento de "países amigos" supone una gravosa e inevitable carga para el contribuyente norteamericano.

Antes de su viaje a Moscú —considerado posteriormente co-

mo un fracaso—, Cyrus Vance remachaba que los pagos de la CIA "eran normales". Por su parte, Hussein, uno de los personajes más "quemados" en beneficio de la inteligencia norteamericana, reconocía que esos pagos durante años de fuertes cantidades de dólares "eran para ampliar nuestras capacidades de defensa y espionaje" (*"Newsweek"*, febrero de 1977). Quedaba claro que el mantenimiento de la "normalidad" suponía un desembolso anual de los servicios secretos norteamericanos. Simultáneamente, en el Congreso —una comisión especial que investigaba las actividades de la CIA en el período Nixon— reconocía que la financiación del libro de Robert Moss, *"Libro negro sobre Salvador Allende"*, había costado gruesas sumas a la CIA, aunque al parecer había colaborado la Junta chilena en su producción. Varios miles de ejemplares traducidos fueron distribuidos oportunamente por Pinochet en Chile.

La labor "estabilizadora" de Robert Moss quedaba, por una indiscreción, al descubierto. Pero sus actividades eran ya anteriores a la caída de Allende. Toda la labor "desestabilizadora" sobre Chile en



Europa tuvo su eje en **The Economist**. Alarmismo económico, falsa información sobre huelgas y ocupaciones de propiedades. Alguno de sus libros, como "La guerrilla urbana" (1), fueron ampliamente difundidos en Latinoamérica. El trabajo "occidental" de Moss no se redujo solamente a Chile. Tras el 25 de abril portugués, el director del semanario británico comenzaba su contraataque "normalizador". Su presencia en Lisboa fue constantemente detectada tras los sucesos del 11 de marzo (intento de golpe de Estado en el que apareció implicado el general Spínola).

Con tanto antecedente de "servicio anticomunista", **The Economist** resulta sospechoso, aunque incrimine certeramente a la dictadura. No porque el hecho del que habla no sea cierto, sino porque sus intenciones pueden llegar a ser diferentes de los fines de una simple denuncia.

La sombra de Arias

Cuando la CIA hace saldo de sus agentes en desuso o decide "quemar" alguna de sus redes, recurre a la prensa "occidental". Son inestimables en este sentido los servicios que diarios como "Washington Post" o sus homólogos europeos —la prensa liberal— prestan a la inteligencia norteamericana. Desvían la atención pública o atraen el peso y la ira de los Gobiernos europeos sobre funcionarios norteamericanos próximos al relevo. En los saldos de agentes de la CIA o de posibles sobornados, el aparato exterior norteamericano obtiene "estabilizaciones", avances de determinados partidos o adelanta resultados electorales. En este esquema han de ser interpretadas las archifamosas listas de la Lockheed, las más recientes de la Boeing o algunas otras como las de ciertas multinacionales del petróleo.

Arias Navarro ha sido saldado por "Occidente". Ya no es útil para la defensa de un "orden" que en repetidas ocasiones el propio **The Economist** había alabado. Ha de ser sacrificado en función de dar mayor "credibilidad" a sus sucesores. El semanario de Moss, por la pluma de Ray Alan, informa de que Martín Villa, "el brillante joven ministro del interior", está en línea de éxitos al llevar a los servicios de seguridad españoles hacia posiciones democráticas. Se habla también de "reducir el papel político" de las fuerzas de seguridad. ¿Son posibles unas fuerzas de seguridad que no tengan un papel político? La actitud tendenciosa del órgano británico de la derecha levanta algunos de sus velos al hacer recaer sobre Arias la totalidad de la responsabilidad del control policíaco de los ministros. ¿Acaso Fraga que era ministro de la Gobernación con Arias no sabía nada de las escuchas? La diferencia en cuanto a futuro político de ambas personalidades indica claramente el papel de "per-

sonaje quemado" que **The Economist** adjudica a Arias. La carencia de reacciones democráticas ante la noticia de **The Economist** en España contrasta con el despliegue informativo en relación con las "escuchas" en Alemania Federal ordenadas por el ministro de Justicia sobre los abogados y terroristas.

El desmantelamiento del **Movimiento** —que no de sus Principios Fundamentales— implica cuando menos la desaparición del "Servicio de Información del Movimiento", en el paseo del Prado, 18. Una fuerza, también de control, que llegó a contar en los últimos años con más de 4.000 hombres permanentes, pudiendo nutrirse de una red de informadores y "utilizados" de más de 40.000 personas. El Servicio de Documentación de Presidencia del Gobierno (SDPG) agrupaba en 1973, cuando Arias Navarro accedía al poder, a los servicios de información de la DGS, los servicios de información de la Guardia Civil (SIGC), el SIM (Servicio de Información Militar) y el ya citado servicio de información del Movimiento.

Al servicio de Washington

Desde que en 1943 Jesús Suevos, hoy concejal por designación en el Ayuntamiento de Madrid, antiguo jonsista y militante en la actualidad de Falange Española y de las JONS (rama Fernández Cuesta), actuara en los servicios de información de FET y de las JONS (2), hasta que en 1974 Manuel Hernández Sánchez regentaba los "servicios de información del Movimiento", toda una larga y silenciosa labor de apuntalamiento para mantener la rigidez del sistema, había sido llevada a cabo por el fascismo útil al Régimen. Ni el menor intento democratizador había permitido una fisura en la intrincada red de servicios especiales del franquismo.

A la muerte de Franco se pensó que él sería el único responsable de la "situación antidemocrática". Una losa de silencio impuesta por los propios franquistas —en su nueva versión "democrática"— taponaba la dictadura. Ahora **The Economist**, como hace poco la Administración Carter hiciera con otros países, ha exigido la "quema pública" de Arias para fortalecer a la nueva opción auspiciada por Washington. En breves semanas Adolfo Suárez volará a los Estados Unidos y allí tiene que "presentar la imagen de la democratización". ¿Necesitará Occidente sacrificar posteriormente a Fraga Iribarne, como hizo con Chiang Kai-shek, Van Thieu, Holden Roberto, Echevarría, Kenyatta o Frei, para asegurar que siempre existirá un responsable del pasado que "democrático" con sus culpas a un nuevo Gobierno? Puede resultar angustioso estar en su pellejo pasadas las elecciones. El imperio, a veces, paga con panes amargos.

(1) Robert Moss: "La guerrilla urbana". Editora Nacional, Madrid, 1974.

(2) Miguel Equerra: "Berlín a vida o muerte". Ediciones Akervo, 1975. Página 52.

La Capilla siXtina

SOY ATEO

MUY bien. Ni la unidad de la patria, ni la institución monárquica, ni las Fuerzas Armadas.

Recuerden.

Ni la unidad de la patria, ni la institución monárquica, ni las Fuerzas Armadas.

Pues ahora que ya no hay artículo dos, aquella guadaña comodín, plegable y aerotransportable que ha segado tantas vidas, estoy en condiciones de pregonar a los cuatro vientos que soy ateo, y lo soy de la manera más primaria y primitiva que hay de serlo, la única que no admite Rencontres en Suiza o Austria, entre espiritualistas y materialistas. Así, cuando me viene algún cristiano "progre" con la sonrisa en un cincuenta por ciento iluminada por la verdad revelada y en otro cincuenta por ciento por la verdad científica, ya me puede venir con metafísicas, ya.

—¿Cómo puedes negar algo cuya comprobación humana es imposible?

—Sólo te acepto este argumento para impugnar mi tesis de que Laura Antonelli está mejor que Marilyn Monroe.

—Dios es el que es.

—Enhorabuena.

—¿Cómo una persona tan cultivada, tan inteligente, tan sensible como tú, puede convertir esta cuestión en un chiste?

—Porque es una cuestión de lenguaje. Es como si yo ahora me pusiera a hablar con un turco, él en turco y yo en castellano, sobre el consumo de cacahuetes en las plazas de toros de Venezuela. Es un diálogo de besugos o imposible. La concepción espiritualista del Universo es un rollo cultural con su jerga específica todo terreno. Si te metes en el rollo acabas de rodillas, Señor, ante el Sagrario, y más teniendo en cuenta la cantidad de puntos ahorro Elena en el hogar que da el militar en las filas del espiritualismo. Ahora todo está permitido. Los espiritualistas habéis relegado el pecado a funciones de paisaje moral, siempre tenéis la otra vida asegurada, y además, si sois de izquierda, pasáis por este mundo con una sensación de autocomplacencia superior a la de un cirujano con clientela de millonarios...

—¡Sexto! ¡No desbarres!

—¡Que ya está bien, hombre! Al menos, antes lo pasabais mal y se os aparecía el demonio y os tentaba, y llevabais cilicio y otra serie de incomodidades dignas de consideración. Pero ahora tenéis la vida, la Historia, el paraíso y todo por vivir dentro de un rollo propicio hecho a la medida de la consolación como virtud suprema. Queréis vivir consolados, esperanzados, y ante la evidencia del dolor, del sufrimiento, de la muerte, la habéis asumido historizándola, desdivinizándola. Afrontáis las limitaciones concretas de este mundo con metodologías científicas, pero teñéis un seguro de entierro de postín.

Miro de reojo hacia Encarna, que asiste a mi diálogo con el teísta, por si la he impresionado con mi vehemencia crítica, con mi radicalismo. Encarna está hojeando una "Historia del erotismo cinematográfico" que acabo de comprar.

—¿Y tú qué dices, Encarna?

—Que no tiene usted razón, don Sixto.

—¿Cómo?

—Mire, mire el libro. ¿Cómo puede decir que Laura Antonelli está mejor que Marilyn Monroe? ■

SIXTO CAMARA